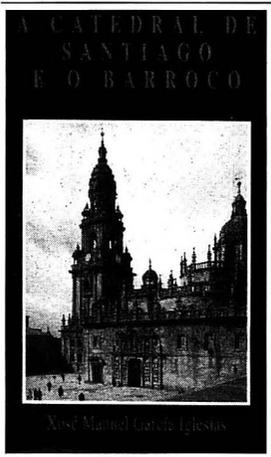


La biblioteca en casa

GARCIA IGLESIAS, X.M.

A Catedral de Santiago e o Barroco

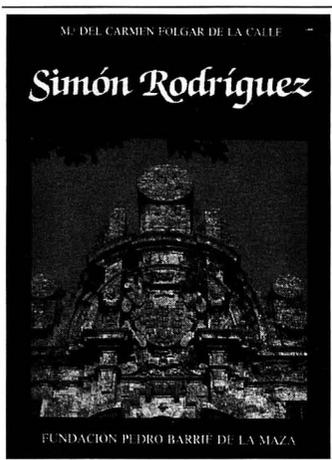
Colexio Oficial de Arquitectos de Galicia / Santiago de Compostela 1990
22x31 cm./ 230 pags./ ISBN 84-85665-20-1 / 5000 ptas.



FOLGAR DE LA CALLE, M.C.

Simón Rodríguez

Fundación Pedro Barrié de la Maza / La Coruña 1989
22x28 cm./ ISBN 84-241-9899-9 / 5000 ptas.



El barroco español difiere notoriamente del barroco italiano, y de los europeos que se desarrollan emulando e imitando a Italia. Reconocer la singularidad de las obras españolas debería quedar al margen de cualquier trasnochado patriotismo; o de las todavía más absurdas reivindicaciones nacionalistas, regionalistas, autonomistas, o simplemente provincianas. Con frecuencia, la arquitectura española de esa época se distingue por sus pocos medios, por su falta de ambiciones estéticas, por la vulgaridad y tosquedad de su diseño, por su ignorancia -desconocimiento y menosprecio a la vez- de las corrientes cultas europeas. Pero también es ver-

dad que -con sus palmarias limitaciones- abundan los aciertos geniales, tradiciones de excelente oficio (hace poco comenté algunas de ellas) y expedientes de un alto valor ornamental.

Entre las regiones que desarrollaron una modalidad del barroco hispánico más singular y característica, se encuentra Galicia; y en ese extremo de la península se experimentan también, como en ningún otra región, sus limitaciones. Dos libros recientes ofrecen una visión rigurosa de figuras y momentos esenciales.

El profesor García Iglesias es ya conocido por su bonita obra sobre los *Pazos de Galicia*; presenta en este libro un importante estudio dedicado preferentemente a unas figuras capitales para la renovación de la arquitectura compostelana: el canónigo fabriquero José de Vega y Verdugo, y los arquitectos que trabajaron en su órbita. Aunque desde tiempo atrás se ha destacado la figura de este culto canónigo, el libro de García Iglesias intenta concretar su aportación; se describen brevemente las condiciones que hacían necesario cambiar la imagen de la Catedral compostelana, y se reconstruye con detenimiento, a la luz de la documentación existente, el proceso de ideación y marcha de la transformación. Quedan bien reseñadas las actitudes, aptitudes, los artistas con los que se relacionó y algunas de la fuentes de que se sirvió Vega y Verdugo; en particular, el magnífico monumento triunfal y las demás decoraciones que se elevaron en Sevilla para la canonización de San Fernando, con proyecto de Bernardo Simón de Pineda. De este modo insospechado, el barroco gallego entronca con las ideas más fecundas y universales de la arquitectura hispánica; que enlazan incluso con la arquitectura peruana y mexicana, a través de mil avatares históricos. Nada dice de esto el libro que comento, pero da el punto de partida para sugerirlo. Aunque la promesa de tratar *o barroco* obliga al autor a referirse a las obras posteriores a la intervención de Vega, destaca su permanente influencia en arquitectos como Domingo de Andrade, sin negar sus peculiares aportaciones; el apartado dedicado a la fachada del *Obradoiro* es un rápido -y bien datado- resumen que apunta sólo las intenciones de Fernando de Casas Novoa, sin profundizar en su figura, que queda -una vez más- en espera de recibir un estudio actualizado.

Un libro interesante sobre un tema importante, con un enfoque válido y con un buen apoyo documental. Las observaciones que siguen deberían haberlas sugerido las personas citadas en los agradecimientos, para merecer mejor su mención, y evitarme la papeleta de hacerlas yo.

El texto de 230 páginas con márgenes suntuosos contiene en realidad tres libros. El primero y princi-

pal, con sus ilustraciones, es la traducción gallega. Siguen, en sorprendentes apéndices con letra diminuta, el original castellano completo y una íntegra traducción inglesa.

Un libro como éste -escrito en castellano-, dirigido a un público especializado, puede editarse en cualquier idioma asequible, incluido el gallego; hacerlo en castellano -que entienden todos los gallegos- facilitará su lectura; en castellano están -y así se citan en la traducción gallega- las *Excelencias de la Arquitectura* de Domingo de Andrade, que no usaba prejuicios; la traducción inglesa difícilmente añadirá algún hispanista anglosajón que no lea castellano. Al introducir los tres idiomas, se tortura la vista de los lectores no gallegos; se prueba su paciencia buscando notas e ilustraciones sin referencia ninguna; y se obliga a hispano, anglo y gallego-parlantes a pagar un libro al precio de tres. Un libro que necesita mejorar sus fotografías.

La redacción del texto merece un poco de atención. El autor, consciente de la importancia de algunos aspectos, desmenuza matices muchas veces obvios; y los repite machaconamente, en párrafos que quieren ser solemnes y rigurosos, y resultan redundantes, alambicados y enfáticos; a veces, he optado por la melodiosa dulzura del texto gallego, que atenúa estos defectos. Si el profesor García Iglesias se hubiera molestado -como he ensayado yo- en tachar con lápiz rojo sus reiteraciones, además del estudio interesante y recomendable que presenta, habría conseguido un libro excelente. Y los editores, que cuentan con obras afortunadas, obsequiarían a la bibliografía española con una buena edición -gallega o castellana- de un centenar de páginas, mejor ilustrada, y a un precio menor. La próxima vez será.

Las historias se apoyan necesariamente en monografías. Las dedicadas a autores suelen ser las más atractivas; presentan la unidad compleja de una vida y unos modos de hacer. La profesora Folgar cuenta con monografías valiosas sobre el barroco gallego; y dedica ahora su atención a una figura señalada: Simón Rodríguez; señalada, por una cierta fama de extravagancia irreductible; un personaje algo lejano y un tanto borroso. En esta monografía se manifiesta no simplemente original o, como gusta tanto, heterodoxo y anticlásico; sino uno de los mejores diseñadores españoles, con una obra personal y coherente.

El esquema del libro resulta, me parece, muy adecuado para tratar una personalidad como Simón Rodríguez. Se inicia con una mínima introducción a la Galicia del siglo XVIII: lo indispensable para recluir en notas a pie de página referencias a una quincena de libros especializados. Los pocos datos biográficos que de él se conocen, se des-

pachan en unas pocas páginas; con, tal vez, medio centenar de documentos se dibuja de un modo sumario y suficiente la existencia de un arquitecto estrictamente local, con algunas letras, sumido en un medio activo y provinciano, donde no faltan disgustos -un año de cárcel- y pequeños pleitos; que mantiene buenas relaciones con los miembros destacados de su gremio: el viejo Andrade y el coetáneo Casas Novoa; y que, con su trabajo y buen hacer, aunque no alcance un título oficial, obtiene un reconocimiento que le permitirá la sorprendente libertad de diseño que exhiben sus obras. Los brevísimos apartados dedicados a formación y estilo nos hablan de las consabidas influencias de tratados y colecciones de grabados, destacándose como de costumbre a Dietterlin. La autora señala los préstamos cuando los hay; trazando en lo demás algunas líneas generales. Mejor es así. La extraordinaria personalidad de este arquitecto no permite incluirle sin más en la estela del extravagante alemán; incluso cabe discutir una influencia directa, con motivos específicos; por otro lado, lo que en Dietterlin son audacias chocantes y llamativas, en Rodríguez constituye la arquitectura común, que complace sin problemas a sus clientes.

La profesora Folgar dedica la mayor parte del libro a describir sus obras, divididas en etapas cronológicas. Con discreción, con firme y ampliamente renovada base documental, señalando seguras y dudosas, describe acertadamente cada una, y las circunstancias en que se producen. Con la última atribución termina el libro, sin lugar para grandes frases, ni aparatosas conclusiones.

Como sucede en las grandes novelas, el protagonista tiene tal carácter que se apodera de la narración, relegando casi a su autora. El tono sobrio del relato, el orden elemental, la ausencia de arriesgadas valoraciones, permite trascender la genialidad de un hombre común, amante de su trabajo, que aprovecha cualquier oportunidad para investigar, y atiende a las prometedoras innovaciones que advierte en ese medio, tan atractivo, tan provincial, que es Santiago en la primera mitad del XVIII. Y deja tras sí, humildemente, una obra genial; no aparatosamente contestataria, ni revolucionaria, ni retardataria, sino entroncada en una magnífica tradición local; Simón Rodríguez apura sus formas haciéndolas emerger desde una abrumadora rudeza, hasta el *jeu savant, correct et magnifique des volumes, sous la lumière du soleil*.

Como de costumbre, la Fundación Pedro Barrié de la Maza presenta este trabajo estupendo en una considerable edición, con abundantes, grandes y buenas ilustraciones. Se destaca un valor genuinamente gallego, y se perfila una figura memorable en el panorama barroco español.